

día anterior. No hay que disimularlo: mi angustia se llamaba *envidia*, *tristeza del bien ajeno* — mal de que todos se declaran exentos y libres, y todos padecen en alguna ó muchas ocasiones, por feliz y magnánima que sea su alma, por noble que tengan el sentir. — Yo envidiaba, sí, con envidia que debía de amarillearme el rostro, los barcos, los oficiales, las aguerriadas dotaciones de la marina de Francia. Y es la envidia tan ciega, que no se me venía al pensamiento lo que bien sabía: que ni aquellos barcos ni aquellos hombres ni todo el poderío naval de nuestra «hermana latina» son más que tortas, pan pintado y flor de cantueso para el poderío formidable, tremendo, fantástico, de nuestros devoradores y tragantes cuñados los anglo-sajones. Hace poco que una Revista, queriendo mostrar gráficamente las fuerzas navales de Inglaterra y de las demás naciones de Europa, representó á la nación de la Gran Bretaña en figura de descomunal gigantón; la de Francia era un hombre de corta estatura, nosotros un enanillo.

\* \*

El paso de esta escuadra no ha dejado de ocasionar sus inevitables..., digo, no, sus *evitables* piques, descontentos y críticas. No estaban conformes los autores en el cuánto y el cómo de los obsequios. Se les ofreció á los franceses — á quienes en otra ocasión la Coruña había acogido y festejado de una manera muy cordial, — una función de gala en el teatro con Vico, y una corrida de toros con *Bonarillo* y *Minuto*. Por lo que hace á claro-oscuro y contraste, no pudo estar mejor discurrido el programa. Pasar del clasicismo de Vico, de las delicadezas psicológicas y las alturas morales del *Drama nuevo*, de las esferas más puras del arte y las magnificencias de la poesía, á los brutales y sangrientos lances de la lidia taurómaca..., es como ver á España por el anverso y el reverso, es recorrerla en un solo día de límite á límite, intelectualmente hablando. Por desgracia (siempre sucede así) lo que los franceses pudieron apreciar mejor fué la corrida. Capas, banderillas, espadas, hablan un idioma que, como el volapük y con más razón que el volapük, puede preciarse de universal. Del *Drama nuevo* (que no gustó en París, lo cual ya es mal precedente para que los guste á los franceses en la Coruña) supongo que se habrán quedado en ayunas las nueve décimas partes de los marinos de la escuadra, aunque el almirante Sallandrouze de Lamornaix y algunos oficiales se expresaban correctamente en castellano. De los toros se enteraron divinamente y á la primer ojeada. Entusiasmados, encantados de los adornos y floreos de *Minuto*, se querían echar al ruedo, se desollaban las manos á fuerza de aplaudir, y no sabiendo cómo expresar la satisfacción, arrojaban á la plaza las gorras de uniforme. Era cosa de decirles que pues les gustaba tanto, se lo llevasen á casa y no nos lo restituyesen nunca. ¡Ah, si valiese regalar ó traspasar lo que no conviene! ¡Famoso paquete de desechos el que armaríamos, y pocos trastos desvenecijados que íbamos á meter en él! Lo malo es que serían como las zapatillas de Abdul Mejid: nos los volverían á casa y tendríamos nuevamente que cargar con ellos...

\* \*

No por esto me cuento en el número de los que les echan la culpa de todo á los toros y á las corridas. ¡Quí! El daño está más adentro... He sostenido varias veces que en las demás naciones no faltan espectáculos que vencen á éste en barbarie y ferocidad, sin igualarle en brillantez, destreza y gracia. Lo que me impacienta, mirando al porvenir de nuestra patria y á su honra y provecho, es la *afición*.

La *afición*, tal cual aquí existe, no puede negarse que es una especie de peste ó sarampión maligno. Cinco días antes y cinco después de la corrida ni se habla ni se piensa sino en ella, en sus lances, peripecias, incidentes y pormenores. Se discute una suerte, se delibera acerca de una estocada, con gravedad y empeño que á no ser tristes serían cómicos. Los diarios, avaros de espacio para las letras, la ciencia y aun la misma información instructiva y culta, abren sus columnas de par en par á la insoportable revista taurómaca, extensa, minuciosa, con ceceos y barbarismos, ordinarietes y *caló*, de estilo bajo y burdo. Increíble parece que no hasta un género tan ruin, tan simplón, en el cual han malgastado tinta ciertas plumas dignas de mejor empleo. Bueno que asistamos á la corrida, si tenemos humor y gana; bueno que pasemos allí dos ó tres horas, y celebremos la habilidad de los lidiadores; pero ¡por compasión!, que no nos endilguen al día siguiente el inventario de las verónicas y navarras, de los pares al cuarteo y las estocadas caídas, con más la cuenta de los mili-

metros que se *corrió* el diestro, y el índice de las *palmas* y *tabacos*...

\* \*

Vico abandona á España; sale hacia América, con intención de permanecer año y medio en aquellas tierras y regresar para retirarse de la escena definitivamente. Desde lejos, en las tablas, Vico, como todos los obesos, ó que tienen tendencia á la obesidad, parece viejo; visto de cerca, su cara, sus ojos, su tez, conservan un brillo extraordinario de juventud. Si Vico hubiese tenido la suerte de no echar carnes, de sostenerse en los consagrados setenta kilogramos, setenta y cinco á lo sumo — podría hacer los papeles de galán, de Tenorio, de Trovador, electrizando á la concurrencia. Tal vez no se ha calculado lo que influyen algunos kilogramos de tejido adiposo en la suerte del hombre, del artista en especial. Vico delgado era actor para veinte años todavía, y actor incomparable — porque el genio, la inspiración, no tienen que ver con la gordura. — Ha sido el exceso de crasitud lo que alteró la hermosa voz (tan semejante á la de Alejandro Pidal) y empastó, por decirlo así, la laringe de Antonio Vico. Cuando Vico habla sin esforzarse, á media voz; cuando no sube el tono, su pronunciación es admirable, su dicción no tiene igual. Hay que oírle las frases *llanas*, *profundas*, de *Traidor*, *inconfeso* y *mártir*, drama de Zorrilla que es su triunfo. No volveremos á encontrar otro *Gabriel de Espinosa* como Vico; ni á nadie le oiremos declamar con tan sombría y patética expresión el terrible papel de *Walter* en *La muerte en los labios*, de Echegaray. Yo no sabía qué actor era Vico, hasta la noche en que le vi estrenar *La muerte en los labios*. Encarnar un papel simpático, un papel en que todo el mundo encuentra atractivo, que se lleva los corazones, un papel de *Don Juan* ó de *Gabriel de Espinosa*, el uno mozo aturdido, pero con alientos y arranques generosos; el otro víctima inocente de la fatalidad, sucumbiendo noble y voluntariamente al rigor del destino, no puede compararse á personificar el odioso tipo del fanático sediento de sangre y de tortura, que sacrifica á su propio hijo en aras de ceguedad impía y de teológicas sutilezas. *Walter* es un monstruo maléfico; el público se siente predispuesto en contra de *Walter* desde que pisa las tablas. Y no obstante, el talento de Vico logró hacer de *Walter* una personalidad conmovedora á veces. Inevitable estremecimiento corría por las venas de los espectadores cuando *Walter*, abrazado al cuerpo de *Conrado*, sollozaba y rugía: «¡Socorro!.. ¡Se escapa la sangre por entre mis dedos!.. ¡Vertí tanta, y no puedo atajar la de un hombre!»

\* \*

Los dos actores que estrenaron *La muerte en los labios* faltan ya de la escena española: Rafael Calvo, que hacía el *Conrado*, arrebatado en el apogeo de su gloria por un contagio horrible; Antonio Vico, empujado á América por la necesidad de vivir y de ganar el reposo de los últimos años... ¡Quiera Dios otorgar á Vico cuanta prosperidad desee, y tráigale aquí otra vez, con ánimos para nuevas campañas teatrales!

EMILIA PARDO BAZÁN

## LA VIDA CONTEMPORANEA

### BARCOS. — ACTORES

Una escuadra francesa, no la más importante, la del Norte, ha fondeado estos días en la bahía de mi pueblo natal, *Marineda de Cantabria*, vulgo la Coruña. — Entraron los acorazados de dos en dos, en solemne muestra, majestuosos, abriendo ancho surco de plata, despidiendo abullonadas banderolas de humo: el estandarte tricolor se desplegaba á la palpitante brisa de la tarde, á las caricias de un sol más claro y ardoroso de lo que suele ser en el país gallego. El día, como escogido por la naturaleza, irradiaba esplendores; día de fiesta, de alborozo y ruido, y al mismo tiempo de paz. Alfombraban la tierra, cual dorado y muelle tapiz, las recién segadas mieses; en los setos la madre selva se cubría de flores color de ágata, embalsamadoras del aire; los cerezos, al borde de la carretera, todavía ostentaban su fruto de pulido granate; y el mar, extendido á lo lejos y señoreado por la ingente torre herculina, semejaba un lago de turquesa en fusión, regia alfombra para los acorazados franceses... El espectáculo era alegre y bello, pero á mí me infundía una molestia sorda, casi una indignación, de seguro una añoranza... Cuando retumbó el cañón saludando á la plaza, y el cañón devolvió el saludo en voz no menos grave, mi espíritu se quería salir del cuerpo; tan violenta emoción causaba aquel tronar de la pólvora, aquel incidente vulgar, evocando recuerdos, conmemorando aniversarios, removiendo heces de pasados pero aún frescos desencantos amarguísimos...

\* \*

Al día siguiente llenaban la bahía los grandes buques extranjeros, de nombres sonoros y terroríficos, el *Formidable*, el *Redoutable*, que despiertan ecos lejanos, glorias de Trafalgar, insignes figuras de esforzados marinos, el poderío de Napoleón, el heroísmo de los Nelson y los Churrua... Entretenido era girar alrededor de los barcos, encontrando al paso ya un luengo y cilíndrico *destroyer*, ya un sucinto torpedero, en cuyo tubo relucía amenazador el cigarro del proyectil; cruzándose con las numerosas y raudas lanchitas de vapor á cada instante crestadas del costado de los buques, blancas como palomas, tripuladas por marineros de blanco traje, animadas por el tricolor banderín que parecía cucarda revolucionaria fija sobre la nivea cofia de una jovencilla parisiense contemporánea de María Antonieta. No cabe expresar lo que animaba la bella concha de *Marineda* tal ir y venir de falúas y botecillos, muchos de ellos cargados de señoritas y señoras deseosas de visitar los acorazados; pero en medio del pintoresco espectáculo, volví á sentir la misma congoja indefinible del